

Desedio

María Camila Tafur

“Puje. Vamos, necesito que pujé más fuerte. ¡Está a punto de salir, siga pujando!” Luces blancas. Sientes el corazón en la cabeza, pujas. Abres las piernas hasta el límite, tu piel empapada en sudor; pujas, pujas. Una mezcla de sensaciones en tu sexo. Tu cuerpo parece no dar más y justo cuando estás a punto de rendirte: “Listo, ya estuvo”, así, como si fuera un pastel; entonces escuchas a un bebé llorar... o no.

Ves el mundo desde abajo. En un cumpleaños o cualquier día especial, recibes envuelta en papel brillante tu primera muñeca, con su cabeza y extremidades de plástico y su tronco de trapo. Tiene unos ojos azules grisáceos con párpados móviles que se abren en posición vertical y en posición horizontal se cierran. Y un botón en su pecho que al ser presionado emite un sonido de llanto. Un juego, una ilusión. La alimentas con comida invisible, la bañas sin agua, duermes a su lado, acaricias su espalda y le ruegas: “No llores, no llores más”. La mimas, la arrullas, la pones en un cochecito y la paseas por el parque.

Creces. Conoces al hombre rubio. Besar, tocar, lamer. Un torbellino en tus pezones: los acaricia con sus labios, con sus dientes, o los palpa con las yemas de sus dedos mientras desliza su lengua por tu oído. Con su aliento roza tu cuello, usa su barba, apenas perceptible, para acariciar tus hombros, tu pecho. Baja despacio, besa tu abdomen, dibuja espirales en tus caderas con sus uñas. Su lengua te descubre. Aprietas tus puños húmedos, mordisqueas tu labio inferior, tomas su cabeza entre tus manos, hundes tus dedos en sus cabellos. Su

lengua te descubre. Te mueves serpenteando, te detienes sobre él, bajas, subes y bajas o haces círculos con tus caderas. Puedes verlo, encantado. Tiembles, tiembles de placer. En un instante todo se detiene, cierras los ojos mientras clavabas tus uñas en su pecho.

Un bulto minúsculo se asoma en tu abdomen, con el paso de los meses se vuelve enorme, tanto que sientes que tu piel va a agrietarse, que en algún momento se abrirá y lo que tienes dentro saldrá a volar. Ríes por tus ocurrencias, lo acaricias y le hablas frente a un espejo mientras el hombre rubio lo besa.

En las noches te acomodas sobre tu costado derecho o izquierdo, o boca arriba, pones almohadas entre y bajo tus piernas, estiras los brazos, los recoges: nada funciona. El único remedio para el insomnio es que él masajee tu cabeza.

Te enteras de que será una niña, la sientes moverse dentro de ti y de vez en cuando puedes ver un piecito esbozarse en la piel de tu vientre. Pintas una habitación, la decoras con papel tapiz, una cuna, persianas y un armario lleno de prendas diminutas. Hasta que un 24 de septiembre, mientras estás en el cine, un líquido tibio se resbala entre tus piernas.

Inhalas, exhalas —un dolor insoportable te interrumpe—, inhalas, exhalas como te dijeron que debías hacerlo; el hombre rubio detiene un taxi. Adentro aprieta tu mano, está temblando, solo hasta ese momento notas que luce pálido, sin embargo intenta darte aliento. Las contracciones aumentan, llegas al hospital, entras a una sala llena de mujeres que gritan —¡estás tan asustada!—. Observas impactada a una de ellas que tiene las venas de la frente brotadas, los párpados apretados y gime de dolor. Unos minutos después, oyes el llanto de un recién nacido.

Es tu turno. Te acuestas en una camilla, comienzas a pujar.

Ves al hombre rubio con lágrimas en sus ojos; intenta besarte pero lo rechazas. Estás exhausta.





* * *

La observas, ¡es tan bella! Está un poco sucia, pero luego cuando esté limpia seguramente se verá hermosa.

Tomas del armario el traje más pequeño, se lo pones, le aplicas loción y la peinas —tiene bastante cabello—.

Decides que no dormirás en su cuna sino contigo, en tu habitación. Masajeas tus senos para extraer leche y la envasas en un biberón. Acomodas a tu chiquilla entre tus brazos e introduces el chupo en su boca, el líquido se desliza por su mentón hasta el babero que le has colocado antes. Limpias los restos de leche en su cuello, le cantas canciones de cuna dándole ligeras palmaditas en la espalda. La miras a los ojos, acaricias su perfecto y suave rostro, la acuestas a tu lado envuelta en una cobija. Sus ojos se cierran. Sujetas su mano y cantas hasta dormirte.

Tienes sueños extraños. A mitad de la noche un llanto te despierta; no, no es el de ella, es el tuyo.

Te sientas sobre la cama. Sus ojos siguen cerrados. La alzas, la ubicas frente a ti y sus ojos se abren. Lágrimas resbalan por tus mejillas. Le das un abrazo fuerte y llora. Es un llanto hermoso, basta para que te calmes. Besas su frente, la acuestas a tu lado y presionas su pecho, ella llora de nuevo: “No dejaré que nada malo te pase, estoy aquí para protegerte. Eres mi tesoro”. La besas una vez más. Duermes.

Alguien golpea a tu puerta; es extraño, hace mucho dejaste de recibir visitas. La abres —reconoces ese rostro— y de inmediato empleas toda tu fuerza para intentar cerrarla, pero él: el hombre rubio, con los ojos enlagunados, la detiene. Sientes un vacío infinito en el estómago, un frío recorre todo tu cuerpo. Corres, corres a tu habitación a ver a tu niña. Duerme plácidamente; te acercas a ella, pones tu mano en su rostro... Está frío, rígido, su piel ha

desaparecido, se ha transformado en plástico, ¡plástico! La levantas agarrándola de la cabeza y entonces abre sus ojos azul grisáceo, sus redondos y enormes ojos. Gritas desesperada y la tiras al suelo.

Lloras, lloras como tu bebé no lo hizo. Pujas, aún pujas. Vives en un parto eterno.

